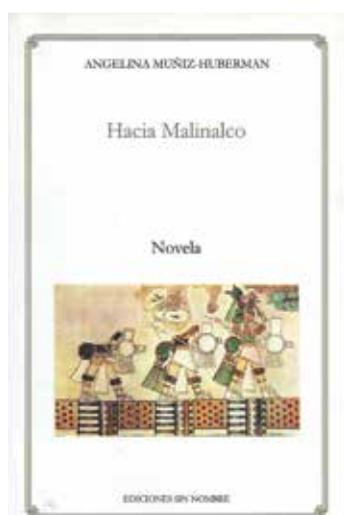


Lo último que muere es la esperanza

ODERAY FABIOLA
ESPINOSA-MONETI



Angelina Muñiz-Huberman,
Hacia Malinalco, México,
Ediciones Sin Nombre, 2014.

Sólo con medio cerebro se recuerda.

La otra mitad no duele.

Francisco Hernández

¿Qué sucede con alguien que está próximo a morir? Y no me refiero solamente al entorno, a las personas y las cosas que abandonará irremediamente, sino al hecho de saber que un día, sin más, el amanecer no va a llegar. Ahondo más en la cuestión: ¿en qué se piensa cuando uno sabe que morirá pronto?, ¿qué distingue esta muerte de cualquier otra, si todas sucederán de manera irremediable?, ¿la diferencia estriba en el hecho de saber que se aproxima, que el tiempo se está agotando? Quien diga que no se preocupa por la muerte miente, miente de veras y su mentira no le cabe en la boca. Quien afirme que no piensa en ella niega la vida, y la vida también se le desborda en los labios.

Hacia Malinalco, libro reciente de Angelina Muñiz-Huberman, publicado por Ediciones Sin Nombre, plantea las circunstancias de una mujer para quien la muerte ha dejado de ser una sorpresa; su cuerpo, punto desde donde experimenta el mundo y la existencia, comienza a escapársele, cambia, y mientras tanto ella camina por los resquicios de sus últimos días.

Estructurado en tres estaciones: Primera semana o vía purgativa, Segunda semana o vía iluminativa y Tercera semana o vía unitiva, el texto es un recorrido por los pasadizos de la memoria y de la mente pre-guntona de quien se ve afectada por la inminencia de la partida. Es la historia de un místico viaje interior y, a la vez, el punto de inicio desde el cual el lector comprende que sin ser Galatea —nombre del personaje en cuestión—, también morirá y el mundo no alterará un ápice su curso.

Durante casi tres semanas la mujer reflexiona sobre su situación actual: un cuerpo amenazado por la inmovilidad —esclerosis sistémica progresiva, específicamente—, una memoria con devaneos, en permanente construcción, y una vida sentenciada a extinguirse. Y es que, ¿cómo sobrellevar los días cuando se sabe que serán los últimos?, ¿se continúa siendo quien se era, un sujeto con las mismas obsesiones y necesidades, o por el contrario se cambia: los opuestos se reconcilian y la vida, no en general sino la propia, que finalmente es la única de la que cada quien puede hablar, ingresa en una disposición espacial y temporal distinta?

Aunque pudiéramos pensar que la sola palabra ‘muerte’ guiaría a Galatea a la desesperación y al llanto interminable, esta mujer opta por

el entendimiento a través de la espiritualidad, camino centrado en la comunión consigo misma y que, paradójicamente, no anula la sensualidad del cuerpo, ahora que dispone de él en cualquier medida. Por eso, Galatea se dedica a delinear los momentos que le quedan, que es lo mismo que establecer su manera de morir, porque cada quien se va de este mundo a su modo, y tal vez, y esto es una constante en el texto, se puede elegir el tipo de danza que se ejecute con la muerte. Cada semana está marcada por un objetivo que Galatea intenta cumplir: alejarse de lo innecesario, reconocer que la claridad existe y no sólo la oscuridad —pues muchas veces es necesario un arrojito mayor para darse a la luz que a la umbra—, y percatarse de que vida y muerte son lo mismo: experiencias únicas, aventuras que el ser humano emprende de forma solitaria.

Galatea es pintora. Conforme crea, sus relaciones con su nueva situación van adquiriendo matices insospechados. Ella no sólo plasma un objeto sobre el lienzo, sino que representa el tiempo, lo asume, lo crea, lo jala de los cabellos, lo estira, lo entiende. La pintura y el amor, la pintura y la muerte, la pintura y la vida, la pintura y el tiempo que parece no ser más que uno —en relación con los tiempos verbales con que creemos habitar el mundo— son temas que aborda simultáneamente el texto, en virtud de que estos fenómenos o realidades no aparecen aislados, es más, no pueden presentarse de ese modo, sino en tropel, como la vida misma.

En la contraportada del libro se advierte la pertenencia de este texto a las 'seudomemorias', género inaugurado por Muñiz-Huberman que perfila la comunicación que la escritora ha mantenido con el exilio a través del acto creador. Esta vez no se trata solamente de una mixtura entre ficción y reminiscencia, o testimonio e imaginación, sino que la memoria de Galatea es con mucho la del lector. Éste último ingresa, junto con el personaje, en un remolino de angustia que lo hace desesperar, querer cerrar las tapas del libro al reconocerse en Galatea y en Acis, su pareja. La evocación nos juega, en tanto lectores, una suerte de burla: la pesada broma del tiempo, del espejo en que nos miramos y nos contemplamos angustiados, acorralados por la vida que no deseamos abandonar, y en consecuencia por la muerte —'evidencia' de estar vivo, como dice la misma Galatea—. Pero no cerramos el libro, lo mantenemos abierto en pos de nuestra propia vía iluminativa.

Hacia Malinalco provoca que el lector se interne en situaciones de una hondura peligrosa, mientras que por otro lado el discurso, por medio de oraciones cortas —que como balazos van conformando una expresión sólida, un innegable modo de percibir la literatura, y con ella el mundo— llega en no pocas ocasiones a la alta poesía, a un registro sublime de la expresión lírica. Desde mi punto de vista se trata de un libro honesto, confeccionado con un sentido del ritmo ágil, limpio, sin pretensiones enclavadas en la anécdota y sin temor a concentrarse en los verbos de pensamiento

—pues a fin de cuentas es en él donde transcurre la mayor parte de la existencia—, características ya vistas en otros textos de la escritora.

Es precisamente con el recurso poético que Muñiz-Huberman hace frente a la muerte y a la vida. En mitad del fulgor de la expresión literaria disminuye la angustia, ya no duele tanto, y uno entonces sabe que en algún momento tendrá que caminar hacia la luz sin que ésta hiera la vista, mirar a la muerte de frente y sin falsas sonrisas ni fingidos lamentos.

Los binomios que parecen tan definitivos y tan cortantes —alma-cuerpo, claridad-oscuridad, vida-muerte— se difuminan como las pinturas de Galatea gracias a un acto amoroso de entendimiento, aceptación y gratitud. Sin duda, *Hacia Malinalco* es un acto de fe de la escritora y de quien lee, por medio del cual nos hundimos en la palabra poética, gustamos de ella, la paladeamos y hasta la sufrimos. La obra de Muñiz-Huberman es finalmente una manifestación de esperanza, porque los que nos escribimos y nos leemos creemos que es posible morir en Malinalco, como todo buen guerrero.

ODERAY FABIOLA ESPINOSA MONETI. Ciudad de México, 1982. Poeta y narradora independiente. Es licenciada en Letras Latinoamericanas y maestra en Humanidades por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, donde actualmente labora. Ha participado con lecturas en atril en facultades de la UAEM, en centros regionales de cultura y en instituciones educativas tanto públicas como privadas. Cursó el Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México. Está antologada en *La ciudad es nuestra* (Ayuntamiento de Toluca / Los 400, 2012); *Imperio de sombras* (Los 400 / UAM, 2014); *Una ciudad tan bella* (Ayuntamiento de Toluca / Instituto Municipal de Cultura, Turismo y Arte, 2014); *Paso de nieve* (Ayuntamiento de Toluca / Instituto Municipal de Cultura, Turismo y Arte, 2014); *Últimos coros para la Tierra prometida. 40 poetas jóvenes del Estado de México* (Fondo Editorial del Estado de México, 2015); *Los muertos no cuentan cuentos. Antología de narrativa joven del Estado de México* (Fondo Editorial del Estado de México, 2015), y también ha publicado en periódicos de circulación local. Fue becaria del Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México en 2014. Correo-e: fabiola.monetti@gmail.com